

habia desaparecido, estábamos en alta mar; cada momento, mas y mas nos alejábamos, y solo existian ya para nosotras, en la vida de los recuerdos, de la que jamás se podrian borrar.

Pasó en ese instante ante nosotras, como en un sueño ó panorama, el recuerdo, la imagen de los primeros años de nuestra infancia, las caricias de nuestra familia; de esa familia de la que entonces nos separábamos para siempre, para siempre de esa familia que formaba la mitad de nuestra vida. A abandonamos nuestro país natal, el lugar en que se había nacido nuestra cuna, nuestra patria querida; nos alejamos de ella, y de esas situaciones que se forman en la infancia, para ir a estar en un mundo desconocido, en el que solo encontramos egoismo, indolencia, y un mundo que nada puede llenar.

Agobiadas por estas ligadas reflexiones, nuestro corazón nos repetía: ¿todo lo has abandonado, lo que te tiene que ser para siempre! ¿y a qué por qué te alejaste; pero hay veces que las lágrimas no sirven alivia la intención del dolor. Nuestra familia...

CAPITULO IX.

Navegacion de Veracruz á la Habana. El mareo, desazon y malestar que causa. La vida en el mar; entretenimientos con que procurábamos romper su monotonía, y buscar alguna distraccion. Saludables efectos de los viajes de mar. Grupos que formaban los pasajeros en sus diversos entretenimientos. Marta continúa contándonos su interesante historia. Poca práctica y conocimiento del que dirige el vapor en que hacíamos el viaje, y rumor á que esto dió lugar; agitacion y sensaciones que todo esto produjo en nosotras. Aparicion favorable de otro buque, que nos sacó de la posicion embarazosa en que nos encontrábamos. Vista de la tierra; sensaciones que se experimentan al acercarse á ella. Detencion sufrida, é incidentes que ocurrieron. Nuestro desembarque.

Siete dias duró nuestra primera navegacion; nuestro constante anhelo era llegar lo mas pronto posible á la Habana; continuamente veíamos la singladura, y contábamos las millas que habíamos pasado, y las que aun nos faltaban que caminar. Nuestro pensamiento, siempre fijo en México y en nuestra querida familia, nos hacia verlo todo con tristeza y abatimiento. Sin embargo, preciso es confesar que los viajes siempre distraen, y en nosotras esta distraccion era doble, porque todo tenia el atractivo de la novedad; pues aun-

que ya habíamos viajado mucho ántes, lo hicimos cuando estábamos en la cuna, y en esta edad nada se comprende.

Sugetas á la ley general, pronto resentimos los efectos del mareo, y un malestar bien molesto se apoderó de nosotras.

Nuestra inapetencia era excesiva, y como el olor de la comida nos dañaba, jamás asistíamos al comedor, sino que hacíamos que nos sirvieran el alimento que mas podíamos pasar en nuestros propios camarotes, ahorrándonos así muchas molestias.

A bordo se forman en un dia amistades tan íntimas, como no es posible que se hagan en tierra en un año; así es que pronto nos relacionamos con los demas pasajeros, que nos tomaron un verdadero cariño.

Nos levantábamos regularmente temprano, y subíamos sobre cubierta á gozar del fresco de la mañana, y de la bella perspectiva que presentaba el mar.

Este el primer dia de nuestra navegacion estaba tranquilo; cielo y agua era lo único que teníamos á la vista, en vano ansiábamos descubrir alguna sombra siquiera de tierra, nos hallábamos en alta mar, y se habia alejado mucho de nosotras.

Algo de imponente tiene el mar cuando nos encontramos en él, amparadas tan solo por la débil embarcacion que nos guia y nos separa del abismo..... ¡entónces reconocemos la grandeza y el poder de Dios! ¡nuestra pequeñez y nuestra miseria!.....

A pesar del malestar que sufríamos, estábamos contentas; la novedad siempre tiene atractivo, y como para nosotras todo tenia ese carácter, éntiamos á cada instante gratas y dulces impresiones.

Pasábamos gran parte del dia con nuestros compañeros de viaje, que se esforzaban por complacernos; en su compañía veloces volaban las horas, unas veces entretenidas en gratas conversaciones, y otras jugando con algunos esos juegos sociales que tanto distraen; procurábamos así matar las horas mas pesadas del dia, rompiendo la monotonia que presenta la vida, cuando uno se halla en medio del oceano.

Algunas tardes nos hacian representar trozos de comedias que en otros tiempos habíamos dado en el seno de la familia, y por los cuales recibíamos generosos aplausos; siempre objeto de ponderaciones y caricias, entónces asomaban en nuestros ojos las lágrimas, porque el recuerdo nos

presentaba las que en México habíamos recibido, y esto entristecía nuestro corazón.....

Pasábamos la mayor parte del día sobre cubierta, contemplando la mar tranquila, que sin límites se extendía hasta unirse con el cielo, y al contemplarla, sentíamos un secreto placer.

Todas las noches al claro de la luz ocupábamos sobre cubierta un asiento, y apartadas del resto de los pasajeros, solas con Marta, nos entregábamos á dulces conversaciones; concluyendo esta por contarnos su historia, que nosotras transmitiremos á nuestros lectores, pues creemos han de encontrar algún interés en ella.

Marta nos amaba ya como á una hermanas, y nosotras la queríamos tan bien, á tal grado, que jamás estábamos separadas; pasábamos juntas la mayor parte del día, y cuando en las noches nos veíamos solas, se deslizaban para nosotras las horas mas dulces.

Aunque los primeros días, como era natural, sentimos todas los efectos del mareo; poco á poco nos fuimos acostumbrando y restableciendo.

Esa enfermedad, según la opinión mas general, se convierte en una verdadera medicina, que influye inmensamente en la salud, y muchas veces se vé á los facultativos, mandar los viajes marinos no solo para respirar el aire purísimo

que allí se disfruta, sino para que se experimenten todas los efectos del mareo, pues es mucho el bien que proporciona, limpiando completamente el estómago.

Cuando salta uno á tierra, se experimenta un apetito poco comun y un bienestar inexplicable, que hace se pongan fuertes y robustas aun las personas mas endebles y enfermizas.

Las personas que no se marean, poco les aprovechan los viajes por mar; cierto es que de todas maneras el aire puro que allí se respira siempre es muy benéfico. Cuando estamos sobre cubierta, y contemplamos ese cielo diáfano, respirando esa brisa suave que no encuentra en su curso estorbo alguno, no es posible definir el arrobamiento y las sensaciones que se apoderan del alma.

El mar está lleno de poesía, no se le puede contemplar con indiferencia, porque tiene en su conjunto un atractivo poco comun, irresistible. Sentadas algunas veces sobre cubierta con este objeto, y entregadas á animadas conversaciones, admirábamos cuanto nos rodeaba.

Unas veces nos ocupábamos de la vida del marino, con los piés descalzos, componiendo las velas, y arreglando las cuerdas y cables en el suelo con figuras caprichosas y de gusto; otros

lavando el piso, los asientos y las tablas, porque el aseo es en los buques admirable; todos los días el vapor recibe un baño general, cuyas faenas las ejecutan los marineros á la vista de todos, entonando, cuando el capitán no los observa, sus preciosas barcarolas.

Todas las canciones de las personas, que viven en el mar, tienen un encanto particular, son llenas de melancolía, de tristeza, de ternura, y sin embargo ensanchan el espíritu; apenas puede comprenderse el atractivo que puede tener la vida para esa gente en medio de la fatiga y los peligros, y á pesar de esto hay algunas que la consideran mas feliz, que la que tenemos nosotros en nuestros campos y ciudades.

Sobre esto giraban generalmente nuestras conversaciones. ¿Será posible decíamos, que puedan tenerse por felices estas gentes, obligadas á vivir encerradas en una embarcación, sin mas horizonte que el agua; viendo siempre gentes indiferentes, sin gozar sino por muy breves y fugaces momentos, de la dicha de encontrarse en medio de sus familias?.....

Para nosotras no era conceivable la felicidad de esta manera; y sin embargo, cuando interrogábamos llenas de ansiedad á algún marino; si era feliz, si no extrañaba la tierra, si no quería

abandonar el mar? Sus respuestas nos confundían; no solo uno sino muchos nos contestaban, que solo á bordo existía para ellos la verdadera dicha; que el mar era su patria querida, sintiéndose mal en tierra; que no querían abandonarla durante toda su vida, porque conocían que sentirían un vacío inmenso, que llegaría á hacerles falta la vida que allí llevaban.

Habia algunos que tenían ya quince ó veinte años de habitar á bordo, y sin embargo se encontraban tan felices y contentos, que no querían dejar esa habitación que tanto les agradaba.

Les preguntábamos ¿si no tenían miedo cuando las tempestades se desataban en medio del Océano y ponían en tanto peligro la frágil embarcación? y nos contestaban: que cuando había alguna novedad en el tiempo, era cuando se encontraban ellos mas contentos, porque entonces se interrumpía la monotonía de su vida; que nada temían, y que solo entraban en alarma, cuando algún accidente grave ponía en peligro la destrucción completa del vapor; que la tierra estaba llena de peligros como el mar, y la gente no hacía caso de ellos. Así se expresaban ordinariamente estos hombres, que á juzgar por lo que decían se reputaban felices.

Nosotras como hemos dicho, nos confundíamos

con sus respuestas; nos poníamos en su lugar, figurándonos tener que pasar el resto de nuestra vida en el mar, y nos sentíamos presas de una angustia mortal, ansiando porque llegara presto el momento de desembarcar y pisar la tierra tan querida.

No hay que extrañar esta diversidad de gustos é inclinaciones; con ella se explica la de las artes y costumbres. Si todos pensaran lo mismo, ¿qué haríamos? ¿Existirían esos diversos matices y esa variedad asombrosa que forma el encanto de la vida?

¡Ah! todo esto, como hemos dicho antes, formaba el objeto de nuestras meditaciones y gratas conversaciones; otras veces nos tomábamos del brazo para hacer un poco de ejercicio sobre cubierta, costumbre muy comun entre los americanos; pero nuestros compañeros no nos permitían ir juntas; sino que separándonos y uniéndose á nosotras, en su compañía continuábamos el ya iniciado ejercicio.

Los hombres del Norte son muy atentos y finos con las señoras, y á nosotras como niñas nos colmaban de caricias.

Despues de conversar familiarmente un rato con ellos, nos separábamos y entreteníamos en observarlo todo.

Tambien nos divertíamos con ir á ver los animales que se encuentran en la proa del buque, las gallinas, pavos, etc., todos en sus jaulas, deteniéndonos muchas veces en contemplarlos.

A bordo siempre se forma entre los pasajeros, que son algo sociables, una confianza inmensa, por el continuo trato en que tienen que estar los unos con los otros, por corta que sea la permanencia; y por lo mismo, poco tiempo se tiene para aburrirse en una navegacion, cuando se sabe encontrar el atractivo de ella; pues aunque por lo comun todos se enferman del mareo, esto acontece los primeros dias, luego se habitúa uno, y entónces se siente dispueste á todo, de manera que, frecuentemente se vé por un lado un grupo de señoras conversando familiarmente; ya aparecen otras en una mesa jugando con sencillo gusto solo por pasar el tiempo, y otros de ambos sexos dispersos de uno y otro lado; en fin, lectores y lectoras que se entretienen con sus propios libros, ó piden alguna novela, historia, etc., para ocupar agradablemente el tiempo, y matar las horas, que á bordo se hacen muy elásticas, y se convierten en siglos, pareciendo los dias eternos; pues por mas gusto que se tenga, se hace siempre sentir el tédio y el cansancio, y para que estas no se apoderaran de

nosotras, procurábamos hallarnos en esos diferentes grupos.

Llevábamos en la navegación, (en todo el viaje) dos animales que se habían creado en casa, y que eran muy queridos de toda la familia, éstos eran un precioso loro, que formaba la delicia de los marineros, y un perrito de Chihuahua, el que no podía estar solo ni un instante.

El primero, apenas llegamos á bordo, lo entregamos en su jaula á los marineros, y éstos lo cuidaban con mucho esmero, y cuando sus ocupaciones se los permitían, iban á rodearlo, encontrando un verdadero placer en oírlo hablar, y admirando la variedad de los colores de su plumaje. Algunas tardes íbamos nosotras también al lugar donde el lorito se hallaba, y era tal el placer que el animal demostraba al vernos, que sus ojos brillaban como el oro, y cantaba, y hablaba tanto, extendiendo sus matisadas alas, que deleitaba á los marineros que lo contemplaban.

En cuanto al perrito, como no es permitido á bordo, llevar animales en los apartamentos de las personas, lo conducíamos oculto, y jamás salía del camarote, donde podía permanecer mediante una buena gala dada al criado para que no lo descubriese.

Estos dos animales nos dieron no pocos tra-

bajos durante el viaje; pero como todas las queríamos, pasábamos por estas pequeñas incomodidades.

Ahora que ya hemos dado á nuestros lectores, una ligera idea de nuestra vida á bordo, les comunicaremos también las confidencias de Marta, continuando el hilo de su historia.

—Desde el funesto día, continuó la joven, en que mis padres me prohibieron que amase á Arturo, sentí que en mi pecho, lejos de disminuir la pasión que él me inspiraba, avivada por los obstáculos tomaba mas incremento, y mientras mas trataba yo de sofocarla, mas me incendiaba en el amor que ardía en mi pecho.....

¡Arturo era indigno de mí!..... me habían dicho mis padres: esposa suya habría sido desgraciada. ¡Ah! yo bien sabía que ellos no podían engañarme, que mi felicidad les era mas cara que su existencia, que por ahorrarme el menor sufrimiento no habrían vacilado en sacrificarse todo esto lo comprendía, y al ver que á pesar de todo, ellos me prohibían que lo amase; comprendí que debía sobrarles razón y me propuse olvidarlo.

¡Ay, esto no estaba en mi mano! era tan fuerte la pasión que me había inspirado, que me parecía imposible que hubiese cometido las faltas de que